

«NO APAGUÉIS EL ESPÍRITU»: CARISMAS
EN LA VIDA Y EN LA MISIÓN DE LA IGLESIA

INFORME DE LA SEXTA FASE DEL DIÁLOGO
INTERNACIONAL CATÓLICO-PENTECOSTAL
(2011-2015)*

I. INTRODUCCIÓN

1. Los católicos y pentecostales se alegran por el renovado énfasis que se ha dado en las últimas décadas a los carismas en la vida y misión de la Iglesia. Juntos afirman que el Espíritu Santo nunca ha dejado de otorgar sus carismas a los cristianos de todas las épocas para ser usados en la difusión del evangelio y la edificación de la Iglesia. Durante el siglo pasado, la experiencia de los carismas ha adquirido un papel más central, gracias en gran medida al testimonio de los movimientos pentecostales y carismáticos.

2. Católicos y pentecostales están muy agradecidos al Señor por otorgar estos dones divinos. Al mismo tiempo, reconocen que el ejercicio de los carismas es a veces una fuente de tensión y preocupación en varias partes del mundo. Se han planteado serias preguntas sobre la autenticidad y la

* *«Do Not Quench the Spirit»: Charisms in the Life and Mission of the Church. Report of the Sixth Phase of the International Catholic-Pentecostal Dialogue (2011-2015)*. (Traducción del original en lengua inglesa de la Dr^a Rosa M^a. Herrera García).

manifestación de los carismas: ¿cuál es su fuente? ¿cómo se pueden definir y entender mejor los carismas? ¿quién supervisa? ¿y cómo se ofrece la supervisión con el fin de asegurar el uso adecuado de estos carismas?

3. Sobre la base de este fundamento e intereses comunes, el diálogo internacional católico-pentecostal exploró «Carismas en la Iglesia: su significado espiritual, discernimiento e implicaciones pastorales». El objetivo principal de este diálogo es fomentar el respeto y la comprensión mutua entre la Iglesia católica y los líderes e Iglesias pentecostales clásicos a la luz de la oración de Jesús «que todos sean uno» (Jn 17,21). La elección de este tema es un signo de continuidad de este diálogo. En reuniones preparatorias en 1971, el Comité directivo señaló que el diálogo «prestaría especial atención al significado para la Iglesia de la plenitud de vida en el Espíritu Santo». Esta atención debía «dirigirse a las dimensiones experienciales y teológicas de esa plenitud de vida»¹. El presente informe es el primero que ofrece un diálogo bilateral internacional que aborda la relevancia de los carismas para la vida y la misión de la Iglesia.

4. Los participantes comenzaron su estudio con una visión general de los carismas (Roma 2011), y luego se centraron en tres carismas específicos: discernimiento (Helsinki, 2012), sanación (Baltimore, MD, 2013) y profecía (Sierra Madre, CA, 2014), identificando enfoques, interpretaciones y desafíos comunes. El objetivo de esta fase ha sido presentar una reflexión compartida sobre los carismas en sus dimensiones teológica, pastoral y espiritual, destacando elementos que tanto católicos como pentecostales pueden afirmar juntos, así como aclarar los retos y las diferencias que deben enfrentar.

5. Con respecto a los carismas en general y a estos tres carismas en particular, los católicos no tienen una enseñanza oficial exhaustiva y los pentecostales no poseen un cuerpo de enseñanza comparable que pueda servir como recurso para una sola posición. Sin embargo, la Biblia proporciona

1 Steering Committee Report (Rome, 26 October 1971), en J. Sandidge, *Roman Catholic/Pentecostal Dialogue (1977-1982): A Study of Developing Ecumenism* (Leuven 1985) vol. 1, 52.

los elementos necesarios para una reflexión teológica y pastoral compartida sobre el tema. Además, la viva experiencia de los carismas en las comunidades cristianas del Nuevo Testamento no sólo es paradigmática, sino también una fuente de inspiración que puede alentar a los cristianos a promover una mejor acogida de los dones del Espíritu hoy. Descubrir de nuevo la sabiduría espiritual concedida a la Iglesia por el Espíritu Santo a lo largo de los siglos es esencial para abordar este importante tema. Este informe ofrece una comprensión y una apreciación comunes de los carismas en general y de tres carismas en particular. Será necesaria una reflexión teológica más profunda, con la misma actitud constructiva y franqueza que caracteriza esta fase del diálogo, para profundizar en nuestra comprensión común de estos y otros carismas.

6. El diálogo ha sido copatrocinado por la Iglesia católica, a través del Consejo Pontificio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos, y por un equipo de Pentecostales clásicos, todos ellos han tenido apoyo para su participación en sus comunidades y algunos de ellos han sido oficialmente nombrados como representantes de sus Iglesias. Las Iglesias pentecostales que han enviado participantes oficiales incluyen la Iglesia de Pentecostés de Ghana, varias Iglesias nacionales que forman parte de la Comunidad de las Asambleas de Dios, la *Verenigde Pinkster- en Evangeliegemeenten* de los Países Bajos, la Iglesia Internacional *Foursquare Gospel* y las *Open Bible Churches*. El diálogo también ha sido apoyado desde su inicio por la *Misión de Fe Apostólica* de Sudáfrica.

7. Esta fase ha sido dirigida por el Copresidente católico, el Reverendo Michael F. Burbidge, Obispo de Raleigh, Carolina del Norte, EE.UU., y el Copresidente pentecostal, el Reverendo Cecil M. Robeck, Jr., Asambleas de Dios, Pasadena, California, Estados Unidos. Monseñor Juan Usma Gómez, Consejo Pontificio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos, ha sido el Co-Secretario católico y el Reverendo David Cole, *Open Bible Churches*, ha sido Co-secretario pentecostal.

8. Los participantes compartieron reflexiones sobre los carismas en su dimensión espiritual, pastoral y teológica, y se presionaron unos a otros con exigentes preguntas sobre su comprensión de los carismas, las formas en que se ejercen los carismas dentro de sus respectivas comunidades y

las dificultades que han encontrado en el ejercicio y discernimiento de los carismas. Su trabajo, llevado a cabo en un ambiente de confianza mutua, fue apoyado por la presentación de artículos académicos seguidos de discusiones serias, tiempos de oración dentro del grupo y tiempos de adoración en las Iglesias de los demás. Estas experiencias contribuyeron a enriquecer sus ideas y observaciones. Como resultado, los participantes en este diálogo están convencidos de la importancia de los carismas para la Iglesia de hoy. Es su esperanza que los lectores del informe descubran de nuevo la importancia de los carismas en la vida de sus Iglesias mientras dan testimonio del evangelio.

II. CARISMAS EN LA VIDA Y MISIÓN DE LA IGLESIA

A. *Lo que pentecostales y católicos sostienen en común*

9. Juntos católicos y pentecostales afirman la naturaleza carismática de toda la Iglesia. Los carismas son esenciales tanto para la vida de la Iglesia como para su misión evangelizadora. Son expresiones del amor de Dios por su pueblo y manifestaciones de su presencia viva entre ellos. Libre y soberanamente otorgados por el Espíritu Santo, los carismas equipan a los creyentes para participar en el plan de salvación de Dios y para alabar y glorificar a Dios. Los pentecostales y los católicos reconocen la presencia de carismas en la historia de ambas tradiciones y se animan unos a otros a «buscad la caridad, pero aspirad también a los dones espirituales» (1 Cor 14, 1)².

10. Los carismas son dones del Espíritu Santo dados a todos los creyentes (1 Cor 12, 7, 11). Para los católicos, el

2 Este documento utiliza los términos «carismas» (*charismata* griego) y «dones espirituales» (*pneumatikoi* griego) como sinónimos, al tiempo que reconoce que algunos estudiosos distinguen entre ellos basándose en el uso de Pablo en 1 Cor 12-14. Entre muchos pentecostales y católicos, los «dones espirituales» son un término más familiar que los «carismas». (N. del tr.: todas las citas bíblicas son de, Versión oficial de la Conferencia Episcopal de la *Sagrada Biblia*, BAC, Madrid 2012).

fundamento para recibir dones espirituales es el bautismo y la confirmación, aunque el Espíritu a menudo otorga dones en momentos posteriores, especialmente en vista de una nueva vocación al servicio o a la misión. Para muchos pentecostales, el bautismo del Espíritu es la experiencia esencial de entrada para recibir ciertos carismas. Sin embargo, los católicos y los pentecostales están de acuerdo en que los carismas no se limitan a los sacramentos ni al bautismo del Espíritu.

11. Aunque los carismas están al alcance de todos los creyentes, son operativos cuando los cristianos confían en el poder del Espíritu Santo para proclamar el evangelio y servir el uno al otro. Los carismas manifiestan la creatividad del Espíritu y son dados generosamente y a menudo más allá de todas las expectativas. Tanto los carismas más extraordinarios (como curación, milagros, profecía y lenguas) y los que parecen más comunes (como el servicio, la enseñanza, la exhortación, la contribución, la administración y los actos de misericordia) son vitales para la vida y la misión de la Iglesia.

12. Con la ayuda del Espíritu Santo, la comunidad de fe, tanto clérigos como laicos, está llamada a entablar un proceso de discernimiento para determinar si ciertas palabras o hechos son manifestaciones genuinas del Espíritu Santo. La Escritura enseña que las normas últimas para el discernimiento de los carismas son la verdad y el amor (1 Jn 4, 1-3; 1 Cor 13, 1-3), la meta de nuestro caminar con Dios en Cristo iniciada en el bautismo y conversión.

13. Los carismas son dones del Señor Jesús resucitado y ascendido por obra del Espíritu Santo (Ef 4, 8-12). La presencia de Cristo en el mundo se revela no sólo en sus obras de poder sino también en la debilidad, pobreza y sufrimiento, que es parte de la condición humana (2 Cor 12, 9). Incluso los carismas más poderosos no eximen a los cristianos de tomar la cruz y asumir el coste del discipulado. Los pentecostales y católicos desafían proféticamente a las culturas y teologías que niegan la significación y el significado espiritual del sufrimiento. Aunque ellos creen, por ejemplo, que el poder de Dios se revela en curaciones, milagros y su provisión para su pueblo, son críticos acerca de cualquier énfasis que contribuya a tendencias escapistas o triunfalistas en la Iglesia.

14. Los católicos y pentecostales pueden alegrarse juntos por los dones que cada una de sus comunidades representa para todas las tradiciones cristianas. Los católicos reconocen que los pentecostales han despertado una mayor sensibilidad a la efusión del Espíritu Santo y al ejercicio de los dones espirituales en la Iglesia en la era contemporánea. Los pentecostales no ven la efusión pentecostal como confinada a las Iglesias pentecostales, sino que ven los carismas como un regalo a toda la Iglesia. Agradecen que los católicos y otros cristianos hayan reconocido el testimonio pentecostal del significado de los carismas en la vida de la Iglesia. Tanto los católicos como los pentecostales reconocen la efusión contemporánea del Espíritu Santo como una gracia para todo el cuerpo de Cristo que ha excedido sus expectativas.

B. Fundamentos bíblicos

15. Tanto para los pentecostales como para los católicos, la comprensión de los carismas está enraizada en la Escritura.

16. El Antiguo Testamento es testigo de la presencia y actividad del Espíritu desde el principio de la creación (Génesis 1, 2). La actividad carismática del Espíritu a lo largo de la historia del pueblo de Dios se puede ver en personas como José (Génesis 41, 25, 38-39), Moisés (Deuteronomio 34, 10-11), Bezalel (Ex 31, 2-6), los setenta ancianos (Num 11, 17, 25-30), y Josué (Números 27, 18). Los jueces eran en Israel aquellos a quienes el Espíritu dotó de gracias especiales que los transformaron en libertadores heroicos y líderes del pueblo (Jue. 3, 10; 6, 34; 11, 29; 14, 19; 15, 14-15). Saúl, David y los otros reyes también recibieron dones especiales para el ejercicio de sus funciones como líderes del pueblo de Dios (1 Sam 10, 6; 16, 13). Salomón, por ejemplo, recibió un don especial de sabiduría (cf. 1 Reyes 3, 6-15). Los profetas del Antiguo Testamento recibieron el Espíritu de Dios para llevar a cabo su ministerio profético de una manera carismática (2 Reyes 2, 9-14). Joel profetizó el derramamiento escatológico de los dones del Espíritu sobre todo el pueblo de Dios (Joel 2, 28)³.

3 Isaías 11, 1-2 describe al Mesías como dotado del Espíritu de sabiduría, entendimiento, consejo, fortaleza, conocimiento y temor del

17. En el Nuevo Testamento, los Evangelios revelan a Jesús como el Mesías que fue enviado por el Padre y sobre el cual el Espíritu descendió en su bautismo (Lc 3, 21-22). En su sermón de Nazaret, Jesús se identificó como el ungido por el Espíritu para predicar la Buena Noticia a los pobres y demostrar la presencia del reino de Dios sanando a los enfermos y liberando a los oprimidos (Lc 4, 18-21). La respuesta de Jesús a las preguntas planteadas por Juan el Bautista fue señalar su actividad carismática como evidencia de que él era el «Ungido» prometido (Mt 11, 4-6). Jesús envió a los Doce (Mc 6, 7; Mt 10, 1; Lc 9, 1), luego a los setenta (Lc 10, 9), y les dio autoridad para predicar y sanar y echar fuera demonios (Mc 6, 13; Lc 9, 6). En el final más largo del Evangelio de Marcos el Jesús resucitado promete que las manifestaciones carismáticas y la protección del mal distinguirán a sus seguidores: «A los que crean les acompañarán estos signos: echarán demonios en mi nombre, hablarán lenguas nuevas, cogerán serpientes en sus manos y si beben un veneno mortal, no les hará daño. Impondrán las manos a los enfermos y quedarán sanos» (Mc 16, 17-18).

18. Los cuatro Evangelios registran la profecía de que Jesús es el prometido que bautizará en el Espíritu Santo (Mt 3, 11; Mc 1, 8; Lc 3, 16; Jn 1, 33). Los Hechos de los Apóstoles muestran el cumplimiento de esta promesa en el día de Pentecostés. Las narraciones dramáticas en Hechos demuestran la continuación del ministerio de Jesús en la Iglesia a través de la proclamación del evangelio acompañada de señales y maravillas. Carismas de profecía (Hechos 2, 17; 19, 6; 21, 9), curaciones (Hechos 4, 30; 5, 16; 8, 7; 28, 8) y milagros (Hechos 4, 30; 5, 12; 6, 8; 8, 6; 14, 3; 15, 12) acompañaban regularmente la proclamación del evangelio a medida que la Iglesia crecía.

Señor (la Septuaginta añade piedad). La tradición católica ha llegado a ver estos como los siete dones santificadores del Espíritu, dados a todos los cristianos en el bautismo y la confirmación (cf. Tomás de Aquino, *Summa Theologica* I-II, q. 68; El papa León XIII, *Divinum illud Munus* 9; *Catecismo de la Iglesia Católica* [CCC, publicado en 1992], par. 1831). Estos dones son por lo tanto distintos de los carismas, que se dan en diferentes medidas a diferentes personas.

19. Las cartas del Nuevo Testamento, particularmente las de Pablo, usan el término *carisma* (derivado de *charis*, «gracia») para referirse a los dones especiales del Espíritu Santo por medio de los cuales Dios edifica la Iglesia (1 Cor 12, 4). Estos dones, o carismas, adquieren una variedad de formas, reflejando la libertad del Espíritu que abundantemente los suministra y los distribuye soberanamente. Pablo no da una explicación completa de los dones del Espíritu, ni ofrece una lista exhaustiva de los carismas; más bien, su énfasis está en la iniciativa del Espíritu y en la diversidad de sus dones entre los creyentes. Pablo escribe en 1 Corintios 12, 4-11:

«Hay diversidad de carismas pero un mismo Espíritu; hay diversidad de ministerios pero un mismo Señor; y hay diversidad de actuaciones pero un mismo Dios que obra todo en todos... El mismo y único Espíritu obra todo esto repartiendo a cada uno en particular como él quiere».

20. San Pablo anima a los creyentes a desear con ansiedad los carismas (1 Cor 12, 31), a «esforzarse por sobresalir en ellos para edificar la Iglesia» (1 Cor 14, 12), y no extinguirlos (1 Ts 5, 19-22). También enseña que existe la necesidad de discernir los carismas (1 Cor 12, 10) y que los carismas deben ser ejercidos en la Iglesia de una manera ordenada ya que «Dios no es un Dios de desorden, sino de paz» (1 Cor 14, 33, ver 14, 40). En Romanos 12, 6-8 él escribe: «Teniendo dones diferentes según la gracia que se nos ha dado, deben ejercerse así: la profecía de acuerdo con la regla de la fe; el servicio dedicándose a servir; el que enseña aplicándose a la enseñanza; el que exhorta ocupándose de la exhortación; el que se dedica a distribuir los bienes hágalo con generosidad; el que preside con solicitud; el que hace obras de misericordia con gusto» (véase también Ef 4, 9), y además, en su primera carta a Timoteo exhorta: «No descuides el don que hay en ti, que te fue dado por intervención profética con la imposición de manos del presbiterio (*presbyteroi*)» (1 Tim 4, 14).

C. Breves observaciones históricas

21. Los católicos y pentecostales afirman que en todas las edades y culturas el Espíritu Santo dota a los cristianos de carismas para dar testimonio del Evangelio y edificar el cuerpo

de Cristo. Rechazan la idea de que los carismas cesaron después de la edad de los apóstoles o en cualquier otro momento de la historia. Reconocen, sin embargo, que durante muchos siglos los carismas no estuvieron al frente ni el centro de la vida de la Iglesia. Se suponía que el Espíritu estaba presente pero, a veces, con poca expectativa de su acción espontánea. Sin embargo, las contribuciones de los Padres Capadocios, el movimiento monástico en sus diversas expresiones, las renovaciones medievales asociadas con los franciscanos y los dominicos y otras corrientes de renovación dentro de la Iglesia católica han llamado la atención de forma constante sobre el Espíritu Santo y sus carismas y han sido vistas como signos de la acción del Espíritu Santo.

22. Entre las razones dadas por los estudiosos para el declive de la manifestación de los carismas está la gran afluencia de conversos no formados después de la legalización del cristianismo en el Imperio romano, la reacción eclesial a los excesos de movimientos carismáticos como el montanismo, el maniqueísmo latente con su menosprecio del cuerpo, una pneumatología subdesarrollada, y las respuestas a varias herejías. Más tarde en la historia, los debates de la Reforma, el racionalismo de la Ilustración y un clima de escepticismo hacia lo sobrenatural contribuyeron a una disminución de la expectativa de las extraordinarias manifestaciones del Espíritu.

23. Católicos y pentecostales están de acuerdo en que el avivamiento pentecostal del siglo XX trajo una atención renovada sobre los carismas como esenciales para vigorizar la vida y la misión de la Iglesia. La atención a los carismas se intensificó con los albores de la Renovación carismática en las Iglesias protestante y anglicana en los años 50 y 60, y con la aparición de la Renovación carismática católica en 1967. Las enseñanzas del Concilio Vaticano II tuvieron un papel particular en el renacimiento de los carismas y la afirmación de la importancia de la dimensión carismática de la Iglesia (cf. *Constitución dogmática sobre la Iglesia* 12). El crecimiento de los movimientos pentecostales y carismáticos, especialmente en el Sur y el Oriente globales, ha ayudado a revitalizar el cristianismo en todo el mundo.

D. *La Iglesia como comunidad animada por el Espíritu Santo*

24. Juntos, los pentecostales y los católicos afirman que el Espíritu Santo constituyó y animó a la Iglesia en Pentecostés, haciendo surgir la nueva comunidad escatológica de Dios para proclamar y mostrar el reino de Dios. El Espíritu dio poder a los discípulos después de Pentecostés para que cumplieran la misión de su Señor, y Dios dio testimonio del Evangelio con señales y prodigios hechos en el nombre de Jesús y por el poder del Espíritu (Mc 16,17-18; Hechos 14,3, Heb 2,4). La Iglesia es misionera por su misma naturaleza. El Espíritu Santo es el principal agente de la misión de la Iglesia, que dirige y potencia a la Iglesia en toda su actividad.

25. Dios marca a los creyentes con el sello del Espíritu Santo (2 Cor 1, 21-22), que habita en cada creyente como un templo (1 Cor 6, 19). Por medio del Espíritu, los creyentes son santificados y son *«como piedras vivas ... construidas en una casa espiritual, para ser un santo sacerdocio, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo»* (1 Pe 2, 5).

26. El Espíritu da a los creyentes dones espirituales para la edificación del cuerpo de Cristo. El Espíritu es el principio de unidad (koinonía) en medio de la diversidad de carismas y ministerios (1 Cor 12, 4-5). A medida que Dios distribuye carismas en su soberanía, invita a sus hijos a acercarse al Dador de los dones, a afirmar su bondad, y ansiosamente desean esos dones. Los pentecostales se sienten alentados por la enseñanza de la Iglesia católica de que *«mediante la aceptación de estos carismas, incluso aquellos que son más elementales, surgen para cada creyente el derecho y el deber de usarlos en la Iglesia y en el mundo para el bien de los hombres y la edificación de la Iglesia en la libertad del Espíritu Santo que ‘sopla donde él quiere’ (Jn 3, 8) (Concilio Vaticano II, Decreto sobre el Apostolado de los Laicos 3, cf. Constitución dogmática sobre la Iglesia, 12) .*

27. Católicos y pentecostales están de acuerdo en que el Espíritu Santo dota a la Iglesia de dones institucionales y carismáticos (1 Cor 12, 28). La dimensión institucional de la Iglesia es el Espíritu Santo que actúa a través de las estructuras

de liderazgo establecidas por Cristo. La dimensión carismática es el Espíritu Santo que actúa entre los creyentes de todos los grados continua, espontáneamente y a menudo impredeciblemente. Estas dos dimensiones son coesenciales para la Iglesia y son complementarias. Lo institucional es carismático porque está animado por el Espíritu y debe confiar en el Espíritu, y lo carismático es institucional en que debe ser discernido por la Iglesia y correctamente ordenado al servicio de la Iglesia. Católicos y pentecostales reconocen y aprecian la sana tensión que existe entre las dimensiones carismática e institucional. Ambos están sujetos a la amonestación de Pablo: «*os digo a todos y a cada uno de vosotros: no os estiméis en más de lo que conviene, sino estimaos moderadamente*» (Rom 12, 3).

28. Los pentecostales y los católicos están de acuerdo en que el Espíritu Santo suscita líderes y les da dones para enseñar y dirigir a la comunidad cristiana y para ayudarla a crecer en santidad. La autoridad en la Iglesia es un don de Dios y debe ser ejercida como servicio, siguiendo el ejemplo de Cristo (Mc 10, 42-45). Es Cristo mismo quien es el principal pastor de la Iglesia (1 Pedro 5, 4). Los católicos comprenden la autoridad de la Iglesia principalmente en términos del triple ministerio de obispo, presbítero y diácono. Los pentecostales afirman que en las denominaciones pentecostales clásicas existen estructuras de liderazgo similares, aunque el ejercicio de la supervisión puede ser a veces más difuso. Ambos reconocen que la autoridad siempre debe ser ejercida de acuerdo a la dirección del Espíritu Santo si se quiere evitar el riesgo de su uso indebido.

III. REFLEXIÓN SOBRE CARISMAS ESPECÍFICOS

29. Católicos y pentecostales están de acuerdo en que la obra soberana del Espíritu Santo otorgando sus dones divinos es una bendición para la Iglesia. Los verdaderos carismas deben ser orados, esperados y confiados como dones divinos. Sin embargo, en muchos lugares, en lugar de alegría, temor, renovación y edificación del cuerpo de Cristo, el ejercicio de los carismas es fuente de tensiones y preocupaciones. Tanto los líderes católicos como los pentecostales temen que en la raíz

de estas tensiones se encuentre un discernimiento insuficiente de los carismas, contribuyendo a prácticas manipuladoras y deshonestas tales como la promesa de ciertos resultados o ciertos carismas, las pretensiones de superioridad espiritual de los que ejercen carismas y consecuentemente, el descrédito de otras Iglesias y cristianos. Católicos y pentecostales se resisten a cualquier ejercicio de carismas que parezca ponerlos por encima de la Palabra de Dios. El Diálogo internacional Católico-Pentecostal ha optado por estudiar tres carismas que son importantes para la vida de la Iglesia, pero que pueden ser fuente de incomprensión o tensión: la profecía, la curación y el discernimiento de los espíritus. Tienen la esperanza de que estas reflexiones conjuntas ayuden a las comunidades locales a abordar estos puntos en la discusión y lleguen a una apreciación más compartida de estos carismas y su ejercicio.

A. Profecía

30. La Escritura concede un alto valor al carisma de la profecía (Hechos 2, 17-18, 1 Cor 14, 1, 39). Aquellos que profetizan han sido llamados por Dios e inspirados por el Espíritu Santo para proclamar el mensaje que Dios les ha dado (1 Cor 12, 10-11). El mensaje profético puede hablar de las acciones pasadas de Dios; puede dirigirse a la situación actual en la que Dios llama a su pueblo a la santidad, la fidelidad del pacto y la justicia social; o puede revelar las promesas de Dios para el futuro. Las palabras dadas a través del carisma de la profecía tienen su origen en Dios y se dan con el propósito de edificar al pueblo de Dios (1 Cor 14, 3).

1. Profecía en la Escritura

31. A lo largo de la historia de la salvación Dios escogió revelarse a sí mismo, su plan de salvación y sus propósitos a los seres humanos en una variedad de maneras; entre ellas, a través de la profecía (Hb 1, 1). La profecía en el Antiguo Testamento sirve como telón de fondo para entender el carisma de la profecía en el Nuevo Testamento. Dios llamó a individuos específicos para hablar en su nombre (Ex 4, 15-16, Is 6, 1-13, Jer 1, 4-10, etc.), transmitiendo su palabra e intercediendo por su pueblo. Unas veces Dios reveló el mensaje a través de visiones

o sueños (Job 33, 14-18, Is 6, 1-13, Jer 1, 11-13); otras veces a través de pensamientos, impresiones o «susurros», como en la voz oída por Elías (1 Reyes 19, 12); y en otros casos a través de una voz audible como la escuchada por el niño Samuel (1 Sam 3, 1-18).

32. Aunque todas las palabras proféticas genuinas se originan en Dios y se comunican al profeta por medio de la inspiración divina, el elemento humano no debe pasarse por alto, ya que los profetas pusieron ese mensaje en palabras que el pueblo podía entender. El profeta recibió un sentido, una visión o una palabra del Señor y luego lo transmitió de una manera que reflejaba el propio idioma del profeta, sus antecedentes personales, su educación y su contexto cultural. Los profetas a menudo empleaban lenguaje figurativo, símbolos o acciones (Is 20, 2-6, Jr 13, 1-11, Os 1, 2-8; 3, 1) que a veces requerían interpretación o aplicación (Os 12, 10; Ez 20, 45-49).

33. En muchos aspectos, los profetas del Antiguo Testamento actuaron como la memoria viva y la conciencia del pueblo, recordándoles la fidelidad de Dios, las expectativas y deseos de Dios para con ellos y llamándolos repetidamente a apartarse del pecado y a amar a Dios con todos su corazón, alma y fuerza (Dt 6, 4), y a sus prójimos como a ellos mismos. A veces sus mensajes eran palabras de juicio a los que eran recalcitrantes. En otras ocasiones trajeron promesas llenas de esperanza para el futuro (Jr 32, 36-41; Ez 11, 17-21). Muy a menudo, hubo resistencia al mensaje desafiante del profeta, o incluso persecución violenta del profeta (Is 6, 9-10, Nehemías 9, 26, Lc 11, 49; 13, 34).

34. El pueblo de Dios fue advertido repetidamente acerca de la posibilidad de que pudieran caer presa de falsos profetas, aquellos que no eran fieles al transmitir el mensaje de Dios o que reclamaban inspiración divina cuando no era así (Dt 13, 1-5). Los enfrentamientos entre los profetas verdaderos y los falsos, como en el caso de Jeremías y Ananías (Jr 27, 1 - 28, 17), demostraron la necesidad de discernimiento para distinguir lo que era verdadero de lo que era falso.

35. El Nuevo Testamento muestra que la era de la profecía no terminó con la venida de Cristo. Juan el Bautista puede ser visto como el último de los profetas en la tradición del

Antiguo Testamento (Is 40, 3-5; Lc 16, 16), quien señaló a Jesús como el cumplimiento de la esperanza mesiánica de Israel (Jn 1, 26-27, 29-34). Como la Palabra de Dios encarnada, Jesucristo es el cumplimiento de toda profecía bíblica previa y es el Profeta por excelencia (Lc 4, 24, 13, 33, Jn 6, 14; 7, 40). Él no sólo habla la palabra de Dios; él es esa Palabra en su plenitud (Jn 1, 1-5, Hb 1, 1-4).

36. Con la venida del Espíritu Santo en Pentecostés, toda la Iglesia se convirtió en una comunidad profética (Hechos 2, 17-18). Todos los cristianos tienen un papel profético y se espera que sean profetas en un sentido general, proclamando el evangelio a los que les rodean; sin embargo, hay otros que reciben el carisma de la profecía de una manera más particular (1 Cor 12, 11, 29; Rm 12, 6). La profecía es uno de los carismas más importantes dados por el Espíritu Santo para la edificación de la Iglesia, especialmente a través de palabras de exhortación o consuelo (1 Cor 14, 1-4). Pablo, de hecho, exhorta a los cristianos a «luchar por» este carisma (1 Cor 12, 31; 14, 1). Es dentro de la comunidad de fe donde se espera que los creyentes reciban, escuchen, discernan e interpreten palabras proféticas (1 Tes 5, 19-22).

37. El carisma de la profecía fue dado no sólo a las figuras principales, sino también a la gente común. Por ejemplo, Isabel (Lc 1, 41-45), Zacarías (Lc 1, 8-23, 59-64), Simeón (Lc 2, 25-35) y Ana (Lc 2, 3; 6-38) profetizaron y alabaron a Dios por sus promesas redentoras. Las cuatro hijas sin nombre de Felipe también profetizaron (Hechos 21, 9). No hay un patrón único para el ejercicio de la profecía en el Nuevo Testamento. Algunos como Agabo eran profetas itinerantes, que viajaban de ciudad en ciudad para proclamar su mensaje (Hechos 11, 27-30, 21, 10-14), mientras que otros eran parte permanente de una comunidad específica (Hechos 13, 1; Cor 14, 29-33).

38. La Revelación dada a Juan por el Cristo resucitado (Ap 1, 3) es muy parecida a las escrituras de los profetas del Antiguo Testamento. Emplea el simbolismo que se encuentra en la literatura apocalíptica judía, pero también transmite una serie de mensajes proféticos claros, cómo cuando Cristo llama a los creyentes y a las Iglesias a la fidelidad y la resistencia (sobre todo en Ap 2-3), a la vez que les da esperanza por medio de sus promesas (Ap 19, 9; 21, 3-8).

2. Profecía en la historia de la Iglesia

39. Después del período apostólico, los dones proféticos siguieron desempeñando un papel en la vida de la Iglesia durante siglos. Figuras como Ignacio de Antioquía (*A los Filadelfios* 7, 1-2) y Policarpo de Esmirna (*Martirio de Policarpo* 5) ambos profetizaron. El tema de la profecía fue tratado en los documentos litúrgicos y devocionales tempranos (*Didache* 11, 3-12; 13: 1, 3-4, *Pastor de Hermas* 11). Dichos documentos definían las actividades de los profetas y proporcionaban criterios específicos que ayudaban a las congregaciones a distinguir los profetas verdaderos de los falsos.

40. Los escritos cristianos de todo el Imperio romano estaban llenos de referencias proféticas, especialmente durante el siglo III. Ireneo (a. d. 130-200) en Galia (*Demostración de la predicación apostólica* 99, *Contra las herejías* 2. 32. 4), Justino Mártir (circa a. d. 100-165) en Roma (*Diálogo con Trifón* 88.1), Tertuliano (a. d. 180-253) en Cartago (*Tratado sobre el Alma* 2, 3; 9, 3-4), y Cipriano (a. d. 200-258), obispo de Cartago, hicieron repetidas referencias a visiones, sueños y el don de la profecía. Cipriano afirmó haber experimentado visiones que dirigieron sus movimientos personales (*Carta* 10 [8]. 4. 1; 16 [9]. 4. 1; 58 [55]. 5. 2) e informó que los sínodos episcopales en África del Norte consideraban los mensajes de visiones y profecías cuando hacían sus nombramientos para los oficios eclesiales (*Carta* 39 [33] 1. 1-2; 40 [34] 1. 1). El carisma de la profecía continuó expresándose tanto a través de los cristianos laicos como ordenados, tanto en las congregaciones locales como en los monasterios y conventos.

41. A veces, los que decían hablar en nombre de Dios a través de la profecía aumentaron las tensiones cuando se enfrentaron a las autoridades eclesiales legítimas con sus demandas. Los montanistas eran uno de esos grupos. Las exageraciones montanistas y la consiguiente desconfianza hacia los carismas por parte de los líderes de la Iglesia enturbiaron profundamente el futuro entendimiento y ejercicio de los dones proféticos. En el momento en que la amenaza montanista dejó de existir, este carisma rara vez se ejercitaba.

42. En los siglos posteriores, los teólogos escolásticos como Tomás de Aquino enseñaron la existencia del carisma

de la profecía, pero sin hacer referencia a ningún profeta contemporáneo (*Summa Theologica* II-II, 171-175). Los reformadores protestantes, por otra parte, enseñaron que el carisma de la profecía se refiere únicamente a la predicación. Juan Calvino escribió que «la profecía ... es simplemente el entendimiento correcto de la Escritura y el don particular de exponerlo» (Calvino, *Epístola a los Romanos* 12, 6). Martín Lutero criticó a los «profetas celestiales» de su época por seguir sólo una «voz viva del cielo». Confunden, perturban e inquietan a las conciencias, y quieren que la gente se asombre de su gran habilidad, pero mientras tanto Cristo es olvidado» (Lutero, *Carta a los cristianos en Estrasburgo en oposición al espíritu fanático*, 40, 70).

43. Los movimientos pentecostales y carismáticos que se iniciaron en el siglo XX han llevado a una renovada recepción de carismas que a menudo fueron ignorados o incluso excluidos en el pasado. Como consecuencia del testimonio de estos movimientos contemporáneos, se está permitiendo que la profecía desempeñe más ampliamente su papel en provisión de Dios para el ministerio de la Iglesia (Ef 4, 11-12). Hay una expectativa renovada de su otorgamiento a los cristianos ordinarios, y que el Señor podría hablar a través de palabras proféticas sobre una base regular (habitual, normal). La manifestación de la profecía demuestra la naturaleza de la profecía a la Iglesia en general, hace que la Iglesia sea más consciente de esta dimensión en su vida, y lleva a la Iglesia a una mayor conformidad con el testimonio de la Escritura.

3. Profecía en la vida de la Iglesia

44. Católicos y pentecostales están de acuerdo en que existe un significado más amplio y más restringido para la profecía. En el sentido más amplio, cada cristiano comparte el papel de Cristo como Profeta, Sacerdote y Rey, y se espera que se comprometa en el ministerio profético. Ellos ejercen ese papel profético al proclamar la venida del Reino de Dios a través de la enseñanza, la evangelización, el servicio y el desafío a las realidades sociales y culturales injustas. También lo hacen al dar testimonio de Jesucristo como Señor dentro de su vocación particular y a través de los acontecimientos de su vida cotidiana. Por ejemplo, los católicos afirman que una

vida fiel consagrada (la vida de un monje, monja, hermana o hermano religioso o laico consagrado) es en sí misma una profecía del reino venidero y de las bodas del Cordero (Ap 19, 7). De este modo también el compromiso de un cristiano de promover la justicia y la paz y de testimoniar los valores del reino puede ser descrito como profético.

45. En el sentido más estricto, aquel que tiene el carisma de la profecía comunica una palabra de Dios que tiene un carácter *ad hoc*; está dirigido a la gente en momentos específicos y dentro de contextos específicos. Puede dirigirse a un individuo o a una congregación o comunidad reunida para la adoración.

46. La profecía debe ser concorde con la Escritura y la enseñanza de la Iglesia. Una palabra profética no puede ser añadida al depósito de fe, es decir, lo que Dios ha revelado de una vez por todas (Heb 1, 1-2). Sin embargo, puede aportar una nueva visión de la revelación de Dios, haciéndola más explícita, ya sea aplicándola al contexto actual, o interpretando los signos de los tiempos, o anunciando eventos futuros, o recordando los hechos pasados de Dios, o alentando a los fieles o llamando a la conversión. La profecía puede venir en forma de visiones, sueños, o palabras de sabiduría o conocimiento.

47. Católicos y pentecostales están de acuerdo en que en la Iglesia de hoy, las personas que reciben el carisma de la profecía están llamadas a ser personas de buen carácter que viven de una manera que corresponde al don. El ejercicio del ministerio profético en la Iglesia implica un compromiso de enseñanza y corrección; los que profetizan deben estar dispuestos a que sus palabras proféticas sean probadas por el pueblo de Dios (1 Cor 14, 29, 38).

48. Además, coinciden en que es necesaria una actitud de apertura y de expectación para con los dones proféticos y otros carismas con el fin de proporcionar el espacio necesario para cultivar y ejercer estos carismas. Aunque Dios tiene la libertad soberana de actuar cuando elige (Dt 23, 4-5, Jn 11, 49-52), podemos estar abiertos a recibir sus dones. Jesús exhorta a sus seguidores a que pregunten, busquen y llamen, lo que implica que su receptividad es un elemento clave para recibir el Espíritu: «*Pedid, y se os dará; buscad y hallaréis; llamad,*

y se os abrirá. Porque todo el que pide recibe, y el que busca, halla, y al que llama se le abre ... Si vosotros, pues, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que le piden?» (Lc 11, 9-10. 13).

49. Los participantes en este Diálogo reconocen la necesidad de abordar las teologías que marginan el carisma de la profecía, o afirman que ya no hay necesidad de este don, ya que la Escritura ha tomado su lugar. El Espíritu Santo está siempre actuando incluso de maneras que no son fáciles de notar por aquellos sobre los que actúa. Donde no hay expectativa de que el Espíritu Santo hable a través del carisma de la profecía, los individuos o las comunidades pueden no ser capaces de oír la voz del Espíritu cuando habla, o el Espíritu puede escoger no hablar en absoluto. El Espíritu Santo es libre de actuar como quiera, como Jesús proclamó, comparando el movimiento del Espíritu con el soplo del viento: «*El viento sopla donde quiere, y oyes su ruido, pero no sabes de dónde viene ni adónde va*» (Jn 3, 8).

50. En las enseñanzas de Jesús, la profecía tiene un vínculo con el martirio. El martirio es el testimonio más completo de Cristo que se puede dar y que es hecho posible por el Espíritu Santo, y por lo tanto, tiene un carácter carismático y profético sorprendente. Jesús predijo los tiempos de persecución y les dijo a sus discípulos que cuando fueran llamados ante las sinagogas, gobernadores y reyes, no deberían estar ansiosos por su respuesta. «*Cuando te entreguen, no os preocupéis de lo que vais a decir o de cómo lo diréis: en aquel momento se os sugerirá lo que tenéis que decir, porque no seréis vosotros los que habléis sino que el Espíritu de vuestro Padre hablará por vosotros*» (Mateo 10, 19-20). En la época patrística, esta promesa fue invocada repetidamente dando fuerza a los cristianos cuando confesaron ante los funcionarios del gobierno que eran seguidores de Cristo (Cipriano, *Carta* 10 [8] 4. 1; 58 [55] 5. 2; 76. 5; 81 [82] 1).

51. La persecución de los cristianos ha sido una realidad desde los primeros tiempos de la historia cristiana. Triste y deplorablemente, lo sigue siendo hoy; sin embargo, como Tertuliano declaró memorablemente, «la sangre de los mártires es la semilla de cristianos» (*Apología* 50. 13). Los católicos y

pentecostales afirman juntos que cuando los cristianos sufren discriminación, persecución y martirio, a causa de su confesión de Cristo en palabras y acciones, ejercen el don de la profecía. En cualquier discusión sobre el «ecumenismo del martirio» debe reconocerse el papel del Espíritu Santo y del carisma de la profecía.

B. Sanación

52. El Nuevo Testamento incluye la sanación entre los carismas otorgados por el Espíritu Santo para la edificación de la Iglesia (1 Cor 12, 9, 28, 30). La existencia de este carisma, que revela el amor de Dios y la compasión por los enfermos, es motivo de profunda gratitud a Dios. El carisma de la curación se relaciona no sólo con la curación física, sino también con otras formas de curación, tales como relacionales, psicológicas, emocionales y espirituales.

1. Sanación en la Escritura

53. La sanación es una parte importante de la revelación bíblica tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo Testamento. En el Antiguo Testamento Dios se reveló a sí mismo como el Dios de la alianza que sana a su pueblo: «*Yo soy el Señor que te sana*» (Ex 15, 26, ver Ex 23, 25-26). Sus promesas se refieren tanto a la integridad física como a la espiritual: la obediencia a Dios tiene como resultado la bendición divina, la buena salud y la larga vida (Dt 7, 12-15, Prov 3, 7-8), mientras que la desobediencia tiene como resultado maldiciones como la enfermedad y la muerte prematura (Dt 28, 15-68). Aunque la enfermedad está entre los males con que los seres humanos son afligidos debido al pecado (Sal 38, 3, 107, 17), es incorrecto asumir que la enfermedad resulta necesariamente del pecado personal, como deja claro el libro de Job.

54. El Antiguo Testamento incluye algunos casos de curación individual, incluyendo la curación de mujeres estériles como Sara (Gn 21), Rebeca (Gn 25, 21), Raquel (Gn 29, 31; 30, 22), la madre de Sansón (1 Sam 13) y Ana (1 Sam 1). A través de los profetas Elías y Eliseo, Dios sanó enfermedades como la lepra (2 Reyes 5, 17-18) e incluso devolvió la vida a los muertos: el

hijo de la viuda (1 Reyes 17), el hijo de la sunamita (2 Reyes 4) y el hombre arrojado a la tumba de Eliseo (2 Reyes 13, 21). Durante el oscuro período del exilio babilónico, los profetas hablaron de la futura restauración del pueblo de Dios a través de la venida del Mesías, el siervo del Señor (Is 42, 1; 53, 11). Uno de los signos prominentes del advenimiento del Mesías serían curaciones milagrosas (Is 35, 4-6; 42, 6-9; 61, 1).

55. Los Evangelios describen el cumplimiento de estas promesas en Jesús, quien proclamó el reino de Dios y demostró su presencia a través de sus milagros, curaciones y exorcismos (Mt 4, 23, Lucas 6, 17-19). Las curaciones de Jesús son una dimensión prominente de su ministerio público, dando testimonio de la novedad radical del reino. «*Jesús pasó por toda Galilea, enseñando en sus sinagogas, proclamando la buena nueva del reino y curando toda enfermedad y toda dolencia del pueblo*» (Mt 4, 23). En su sermón inaugural en Nazaret, Jesús proclamó el jubileo escatológico, anunciando la libertad de la esclavitud del pecado, de Satanás y de la enfermedad (Lc 4, 18-19). Sus curaciones fluyen de su obra de expiación (Is 53, 4-5; Mt 8, 16-17). Son una revelación de la misericordia y compasión de Dios para con los que sufren, y señales anticipatorias de su victoria definitiva sobre el mal a través de su cruz y resurrección. Presagian la nueva creación mediante la cual la humanidad es restaurada a la plenitud de la vida. Así, el libro del Apocalipsis habla del árbol de la vida en el reino celestial, cuyas hojas son para la sanación de las naciones (Ap 22, 2).

56. Muchos de los relatos de sanación del Evangelio enfatizan la importancia de la fe del receptor. Jesús pregunta: «¿crees que soy capaz de hacer esto?» (Mt 9, 28) y exhorta: «No temáis, sólo creed» (Mc 5, 36). Muchas veces dice a los que ha sanado: «Tu fe te ha sanado» (Mt 9, 22), Mc 5, 34; 10, 52; Lc 7, 50, 8, 48, 17, 19, 18, 42). Las curaciones le dan a Jesús la oportunidad de enseñar acerca de la fe (Mt 8, 5-13; 17, 14-21) y la obediencia (Mt 7, 21-23, 8, 2-4, 12, 43-45). Ellas confirman que él es el que tiene autoridad para perdonar pecados (Mt 9, 1-8) y que vino a restaurar al marginado (Mt 8, 2-4; 9, 20-22; 15, 21-28; Lc 7, 11-17; 13, 10-17; 17, 11-19).

57. Los Evangelios indican que la influencia de los espíritus malignos a veces es un factor que contribuye a las enfermedades o discapacidades. Jesús habló de la mujer inclinada

durante dieciocho años como atada por Satanás (Lc 13, 16). Sus curaciones de un endemoniado mudo (Mt 9, 32-33, ver Lc 11, 14), un endemoniado ciego y mudo (Mt 12, 22), y un niño epiléptico que tenía un espíritu mudo y sordo (Mt 17, 14-18; Mc 9, 25) implican que en estos casos las aflicciones tenían una causa demoníaca subyacente.

58. El encargo de Jesús a sus apóstoles de proclamar el reino incluyó la orden de sanar a los enfermos y hacer otras obras poderosas (Mt 10, 1. 7-8). Jesús más tarde delegó poder de sanación a los setenta a quienes envió de dos en dos (Lc 10, 1-12). Después de su resurrección, el Señor resucitado menciona la curación de los enfermos por medio de la imposición de manos como una de las señales que acompañarán a los creyentes al proclamar el evangelio (Mc 16, 18).

59. Hechos describe el cumplimiento por parte de la Iglesia primitiva de este encargo después de la venida del Espíritu Santo en Pentecostés, con la cual los discípulos de Jesús fueron capacitados para dar testimonio de él (Hechos 1, 8; 2,1-4). Las curaciones hechas «*en el nombre de Jesús*», es decir, a través de su presencia y poder, eran una parte prominente del ministerio de la Iglesia apostólica, especialmente a través de Pedro (Hechos 2, 43; 3, 1-8; 5, 12. 15; 9, 27. 32-42) y Pablo (Hechos 14, 3; 16, 7; 19, 11-12). Otros discípulos que participaron en la curación de los enfermos son Felipe y Ananías (Hechos 8, 7-8; 9, 17-18).

60. Los escritos del Nuevo Testamento indican que las sanaciones eran una parte permanente de la vida de la Iglesia. Pablo describe la sanación como un carisma del Espíritu Santo dado de una manera especial a algunos (1 Cor 12, 9; 28, 30), pero la sanación también ocurre a través de la oración y la unción de los ancianos de la Iglesia (Sant 5, 14-15) así como a través de la oración de los creyentes ordinarios (Sant 5, 16). Así, el Nuevo Testamento revela el ministerio de curación como parte de la vida normal de la Iglesia.

2. Curación en la historia de la Iglesia

61. Los escritos de los Padres de la Iglesia demuestran que las curaciones, exorcismos y milagros continuaron en los primeros siglos de la Iglesia. Los escritos de Justino,

Orígenes, Ireneo y Tertuliano, por ejemplo, muestran que las sanaciones y los exorcismos eran frecuentemente realizados por los cristianos ordinarios, especialmente en el contexto de la evangelización. Ireneo escribió: «Los que en verdad son sus discípulos, recibiendo gracia de él, hacen milagros en su nombre para promover el bienestar de los demás, según el don que cada uno ha recibido de él. Porque ciertamente algunos expulsan demonios, de modo que frecuentemente los que han sido limpiados de espíritus malignos creen en Cristo y se unen a la Iglesia. Otros tienen presciencia de lo que vendrá: ven visiones y profecías proféticas. También otros sanan a los enfermos imponiendo sus manos sobre ellos, y les devuelven la salud. Sí, además, incluso los muertos han resucitado, y han permanecido entre nosotros durante muchos años. (Ireneo, *Contra las herejías* 2. 32. 4).

62. Con el transcurso del tiempo, el ministerio de exorcismo se limitó a personas especialmente autorizadas. También había una tendencia creciente a asumir que los carismas de la curación se limitaban a personas de santidad inusual o monjes que practicaban el ascetismo estricto.

63. Con el desarrollo del cristianismo en Europa, las sanaciones y milagros continuaron siendo parte de la vida cristiana. Entre los católicos, la creencia en las curaciones milagrosas continuó a través de los siglos, especialmente en santuarios y por la intercesión de los santos. En el período moderno, sin embargo, el surgimiento de la ciencia llevó a una tendencia generalizada a considerar la enfermedad y la curación en términos estrictamente fisiológicos. Después de la Reforma, los cristianos protestantes tendían a descuidar o negar la curación milagrosa en reacción a las afirmaciones católicas de lo milagroso. La Ilustración, con su rechazo a lo trascendente, condujo a un mayor escepticismo con relación a lo milagroso.

64. Un nuevo énfasis en la curación surgió entre los protestantes en el siglo XIX con el Movimiento de Santidad, y se intensificó con el advenimiento del Pentecostalismo en el siglo XX. Los pentecostales enfatizan que la sanidad está íntimamente ligada a la obra expiatoria de Cristo (Is 53, 4-5, Mt 8, 16-17) y por lo tanto debe ser parte de la predicación del evangelio.

3. Sanación en la vida de la Iglesia

65. Los pentecostales y los católicos están unidos al afirmar que Cristo sigue sanando hoy, incluso de maneras milagrosas. Toda la obra de redención de Cristo es una obra de curación, ya que cura a la humanidad de todo el daño espiritual y físico causado por el pecado, incluyendo finalmente la muerte misma.

66. La sanación es una dimensión esencial del ministerio de la Iglesia. Las sanaciones tienen lugar a través de aquellos que tienen un carisma de sanación, así como a través de la fe y la oración de los creyentes ordinarios. Los católicos también reconocen las curaciones a través de la intercesión de los santos, especialmente de María, la madre del Señor (Lc 1, 43), a través de santuarios como Lourdes y a través de los sacramentos, especialmente la Eucaristía, la Reconciliación y la Unción de los enfermos. La mayoría de los pentecostales cree que la curación está disponible a través de la Cena del Señor; es una práctica común entre los pentecostales ungir a la gente con aceite para sanar. Muchos pentecostales envían pañuelos que han sido ungidos, o sobre los cuales se ha dicho la oración para sanar, a aquellos que están enfermos, creyendo que tales acciones son consecuentes (están de acuerdo) con las acciones de Pablo en Hechos 19, 11-12.

67. Las sanaciones tienen un significado especial en el contexto de la proclamación del evangelio, ya que demuestran vívidamente el amor de Dios y la realidad del reino. El mandato de Jesús a sus discípulos de proclamar el evangelio, tanto de palabra como con señales y prodigios, sigue siendo válido hoy (Mc 16, 17-18). Al igual que en el Nuevo Testamento, también en la historia de la Iglesia la evangelización de nuevas áreas ha sido acompañada con frecuencia por una notable abundancia de curaciones.

68. Los católicos y los pentecostales reconocen que Dios también cura a las personas por medios médicos ordinarios. El cuidado pastoral de los enfermos, incluido el cuidado de la salud y el asesoramiento, es, pues, una parte importante del ministerio de la Iglesia (Mt 25, 36). Estos ministerios son una forma de cooperar con la obra sanadora de Dios.

69. Afirmar la realidad de la sanación divina no es negar la realidad del sufrimiento o el hecho de que a menudo Dios saca gran provecho del sufrimiento. Los pentecostales y los católicos reconocen que el sufrimiento, cuando se acepta en la fe, tiene una capacidad única para conformar a una persona más plenamente con Cristo. La paciencia del sufrimiento es una misteriosa fuente de gracia para el enfermo y para los demás (2 Cor 4, 11-12; Col 1, 24).

70. La sanación es un don gratuito de Dios, no algo que se gana o se merece. La fe expectante, sin embargo, puede disponer a una persona para recibir la curación. Muy a menudo una curación provoca una mayor fe en el receptor y en otros. Del mismo modo, el perdón y el abandono de los resentimientos pueden abrir a una persona para recibir la sanación (Mc 2, 1-12). En la oración por los enfermos, el discernimiento de los espíritus es a veces necesario para determinar si la liberación de la influencia de los espíritus malignos es necesaria.

71. El carisma de sanación no es necesariamente un signo de santidad (Mt 7, 22-23, Hechos 3, 12). Por otra parte, la santidad abre a una persona más plenamente al Espíritu Santo y a sus dones. El carisma de la curación no se pretende que sea ejercido aisladamente, sino en comunión con la Iglesia.

72. Las sanaciones alegadas pueden ser a veces falsas, e incluso las curaciones auténticas pueden ser usadas erróneamente para el beneficio o el prestigio personal, o para el proselitismo. Debido a que el carisma de la sanación conlleva el riesgo de exageración y de manipulación de las personas vulnerables, es necesario un discernimiento prudente y permanente. Hay sabiduría en que las pretensiones de sanación sean verificadas por los profesionales médicos en la medida de lo posible (Mc 1, 44), pero sin implicar que no ha tenido lugar una curación a menos que se verifique. Cuando las curaciones ocurren, la respuesta correcta es alabar y dar gracias a Dios (Lc 17, 17-18). También hay una necesidad de preparar a los enfermos en caso de que sus oraciones no sean respondidas de la manera que esperaban que fueran. A veces, la sanación puede venir en forma de aceptación gozosa del sufrimiento (2 Cor 12, 8-10), o incluso de muerte inminente.

C. *Discernimiento de espíritus*

73. Tanto los católicos como los pentecostales entienden el discernimiento de espíritus como el carisma de discernir la fuente de una manifestación espiritual, ya sea el Espíritu Santo, un espíritu maligno o simplemente el espíritu humano. Este carisma permite al pueblo de Dios distinguir lo que es verdadero de lo que es falso o incorrecto. Lo que es verdadero proviene del Espíritu de Dios, mientras que lo falso surge de otras fuentes. Los católicos y los pentecostales tienen un acuerdo general en la interpretación cuando miran los pasajes clave de la Escritura con respecto al discernimiento⁴. Sin embargo, hay algunas diferencias en la forma en que se aplica este carisma en la vida cristiana diaria.

1. Discernimiento de los espíritus en las Escrituras

74. Aunque el término «discernimiento» no se utiliza con frecuencia en la Escritura, la enseñanza bíblica y los ejemplos de discernimiento son abundantes. La importancia de distinguir entre la verdad y el error, y entre los profetas verdaderos y falsos, se retrata vivamente en todo el Antiguo Testamento (1 Re 18, 20-40; Jer 23, 9-22; Ez 13, 1-23), en la enseñanza de Jesús en los Evangelios (Mt 7, 15-20), y en la Iglesia primitiva (por ejemplo, Ananías y Safira, Hechos 5, 1-11, o la esclava con un espíritu de adivinación, Hechos 16, 16-18). Los dones del Espíritu Santo se ejercen con vistas al crecimiento de todo el cuerpo de Cristo, en beneficio de la humanidad y de acuerdo con la caridad, la verdadera medida de todos los carismas (véase 1 Cor 13).

75. Un pasaje clave del Nuevo Testamento sobre el tema del discernimiento se encuentra en la lista de carismas de Pablo en 1 Cor 12, 8-11: «*Uno recibe del Espíritu ... profecía; otro, distinguir los buenos y malos espíritus Ildiakrisis pneumat nl. El mismo y único espíritu obra todo esto, repartiendo a cada uno en particular como él quiere*». Pablo valora no solo los dones que declaran mensajes de Dios (palabra de conocimiento,

4 Ya en la primera fase del Diálogo Católico-Pentecostal (1972-1989) ambas tradiciones afirmaron el mandato bíblico para el discernimiento espiritual. (cf. *Final Report* I, 38).

palabra de sabiduría, profecía, lenguas y interpretación de lenguas), sino los dones que discernen la autenticidad de esos mensajes, que necesitan discernimiento porque son entregados por hombres y mujeres falibles.

76. En 1 Corintios 14, donde Pablo proporciona instrucción con respecto al orden en los servicios públicos de adoración, parece apuntar al discernimiento como un carisma que era tan común como la profecía; era necesario, cada vez que se ejercitaban dones proféticos, para que la Iglesia pudiera determinar si eran espiritualmente edificantes para los creyentes reunidos. La instrucción de Pablo era permitir que dos o tres profetizaran en una reunión de adoración, lo que sería seguido por el discernimiento del resto de los reunidos: «que los otros discernan» (1 Cor 14, 29). Por lo tanto, un cierto grado de discernimiento inmediato se vio como parte integral de la práctica de los carismas espontáneos en el culto público.

77. Es la práctica disciplinada del discernimiento lo que ayuda a la comunidad reunida a expresar otros carismas libremente en una atmósfera de apoyo y aliento con responsabilidad. Esto se confirma en la clara advertencia de San Pablo a la Iglesia en Tesalónica: «*No apaguéis el espíritu, no despreciéis las profecías. Examinadlo todo, quedaos con lo bueno. Guardaos de toda clase de mal*» (1 Tes 5, 19-21). Los creyentes debían abrazar la libertad del Espíritu Santo y ejercitar carismas con la plena expectativa de que el mismo Espíritu los honraría con el carisma del discernimiento de los espíritus, lo que ayudaría a protegerlos de la falsa enseñanza y la desunión.

78. No todas las profecías u otras manifestaciones carismáticas deben ser aceptadas al pie de la letra. Jesús les dijo a sus discípulos que los falsos profetas se levantarían como lobos vestidos de ovejas (Mt 7, 15). El apóstol Pablo dijo que los lobos salvajes no perdonarían al rebaño (Hechos 20, 29). La primera carta de Juan también advirtió que había falsos profetas presentes, quienes aparte de discernir espíritus causarían estragos en la Iglesia (1 Jn 2, 18. 22; 4, 1). Juan enfatizó la importancia del discernimiento para verificar la autenticidad y la ortodoxia de aquellos que afirmaban tener un mensaje para la Iglesia:

«Queridos míos no os fieis de cualquier espíritu, sino examinad si los espíritus vienen de Dios, pues muchos falsos profetas han salido al mundo. En esto podréis conocer el Espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa a Jesucristo venido en carne es de Dios y todo espíritu que no confiesa a Jesús no es de Dios... En esto conocemos el espíritu de la verdad y el espíritu del error» (1 Jn 4, 1-6).

79. Por lo tanto, a lo largo de la historia y ahora en nuestro tiempo, en todo el mundo, tanto católicos como pentecostales continúan enfrentando desafíos con respecto a la comprensión y el ejercicio adecuados de los carismas. Por lo tanto, la Iglesia debe continuar probando a aquellos que dicen haber recibido carismas del Espíritu para discernir si son de Dios. El discernimiento salvaguarda la ortodoxia, y su ejercicio apropiado siempre conducirá a la verdadera confesión y testimonio de la persona y la obra de Jesucristo.

2. El ejercicio del carisma del discernimiento de espíritus

80. Pentecostales y católicos afirman juntos la singular importancia que las Escrituras otorgan a la continua necesidad de discernimiento en la vida de la Iglesia. Las diferencias de énfasis en el ejercicio del discernimiento tienen mucho que ver con otras diferencias básicas entre católicos y pentecostales, como el papel de la Tradición, los énfasis en la espiritualidad personal y comunitaria, y los niveles de expectativa con respecto a las manifestaciones carismáticas del Espíritu Santo.

81. En general, los católicos tienden a usar el término discernimiento más ampliamente como el proceso dinámico de búsqueda de la verdad y la voluntad de Dios. Desde esta perspectiva, el discernimiento tiene lugar cuando el Espíritu Santo entra en un diálogo misterioso con una persona y la guía a responder a Dios. El discernimiento espiritual constante conduce a una mayor madurez en la vida cristiana: *«Entonces podrás discernir la voluntad de Dios y conocer lo que es bueno, aceptable y perfecto» (Rm 12, 2).* Sin embargo, los católicos están recibiendo de los pentecostales una mayor apreciación de los momentos más específicos cuando el ejercicio de un

carisma de discernimiento es útil para proteger y construir la comunidad cristiana.

82. Los pentecostales, por otro lado, tienden a centrarse en el discernimiento en el sentido más específico de «discernimiento de espíritus» (1 Cor 12, 10). Muchos pentecostales dan mayor prioridad al discernimiento que ocurre a través del carisma que al proceso ordinario corporativo de discernimiento (Hechos 6, 1-6; 15, 1-35); sin embargo, todos reconocen que este proceso es esencial para discernir la voluntad de Dios y la de la comunidad (véase Hechos 15, 6-7). Al igual que los católicos, los pentecostales se preocupan por encontrar y cumplir la voluntad de Dios. Buscan la voluntad de Dios mediante la oración, el estudio de la Biblia y la consulta con creyentes y líderes maduros; y también consideran factores tales como deseos personales, oportunidades, circunstancias y similares. Aunque el término «discernimiento» no siempre se usa para este proceso de búsqueda de la voluntad de Dios, de hecho es un proceso de discernimiento. Se espera que los pastores pentecostales, como pastores de su rebaño, ofrezcan liderazgo a sus congregaciones, a menudo brindando la percepción inicial del proceso de discernimiento y asumiendo la responsabilidad final por cualquier decisión tomada.

83. Entre los pentecostales, los reconocidos por su habilidad para discernir, ya sea porque tienen un carisma demostrado de espíritus discernidores o por su madurez espiritual, son a menudo aquellos que conocen bien las Escrituras y «*con la práctica y el entrenamiento de los sentidos saben distinguir el bien del mal*» (Hb 5, 14). Esto a menudo incluiría al personal pastoral de la Iglesia, a ancianos y otros reconocidos por su sabiduría y fiabilidad. Esto no debería sugerir que el «discernimiento de los espíritus» es otra cosa que un carisma, pero el hecho de que sea un carisma no significa que no tenga un componente racional.

84. El discernimiento dentro de la comunidad pentecostal puede seguir líneas de pensamiento racionales (Mt 7, 20; Hechos 13, 1-3; 15, 6-21; 1 Tes 5, 19-22; 1 Jn 4, 1-3) o puede ser más trans-racional o de naturaleza intuitiva (Hechos 16, 16-18). A veces lo hacen los grupos como en 1 Cor 14, 29, donde uno profetiza y los demás tienen que sopesar lo que se dice. Muchas veces el proceso de discernimiento, especialmente a

nivel local, se lleva a cabo de manera útil y redentora dentro de la comunidad de fe. Puede tener lugar en el contexto de solitudes de oración oral, momentos de oración compartida o testimonios personales; en manifestaciones carismáticas, especialmente en profecías, palabras de sabiduría, palabras de conocimiento o lenguas les acompañe o no la interpretación; en tiempos personales de oración alrededor del altar; leyendo y discutiendo la Biblia juntos, predicando la Palabra de Dios, o escuchando la Palabra de Dios predicada. Debería ser evidente, entonces, que aunque se puede discernir que una palabra o acción tiene la autoridad del Espíritu Santo en tales situaciones, típicamente se considera que posee un tipo de autoridad *ad hoc*. En otras palabras, tal autoridad se limita a una ocasión o ubicación particular.

85. Los pentecostales reconocen que en su historia, generalmente han priorizado la práctica del discernimiento, a menudo sin involucrarse en una reflexión teológica exhaustiva sobre el tema. Los pentecostales también reconocen que muchas veces el ejercicio del discernimiento en sus Iglesias no siempre ha demostrado ser consistentemente confiable. La práctica pentecostal de anticipar o buscar una manifestación inmediata de la presencia del Espíritu Santo en medio de ellos puede a veces llevar a la expectativa de que el carisma del discernimiento se manifestará de manera automática y rutinaria. La frecuencia de tales prácticas señala la necesidad de una mejor enseñanza sobre el tema, así como la disciplina corporativa dentro de la comunidad pentecostal, y la necesidad continua de discernir a aquellos en quienes se confía particularmente para emitir juicios de discernimiento.

86. Los católicos creen que el «discernimiento de espíritus» es necesario para verificar el origen divino de un carisma (Concilio Vaticano II, *Constitución sobre la Iglesia* 12, véase también CIC, par. 800, 801) y que, de acuerdo con 1 Cor 12, 10, el discernimiento es en sí mismo un carisma, un don del Espíritu Santo y no solo un proceso comunitario social ejercido por la acción humana. Aunque la Iglesia católica no ha desarrollado una enseñanza específica sobre el carisma del discernimiento de espíritus, a lo largo de su historia este carisma se ha realizado en una variedad de formas. Estos se han convertido en parte de la herencia espiritual de la Iglesia.

87. Incluso en el ejercicio de este carisma no hay un modelo general o un patrón único. A menudo, el discernimiento de los espíritus se integra en el proceso más amplio de discernimiento, entendido como buscar la verdad y la voluntad de Dios en los niveles personal y eclesial.

88. Los católicos creen que los ministros ordenados tienen la responsabilidad específica de reconocer y discernir los carismas de los fieles. «Examinando si los espíritus son de Dios, descubran con sentido de fe, reconozcan con gozo y fomenten con diligencia los multiformes carismas de los laicos tanto los humildes como los más altos» (Concilio Vaticano II, *Decreto sobre el ministerio y la vida de los presbíteros* 9). El carisma del discernimiento es ejercido por el ministerio ordenado, especialmente en la guía espiritual de los fieles, incluido el sacramento de la reconciliación. Como carisma, sin embargo, el Espíritu Santo puede otorgar discernimiento de espíritus a cualquiera de los fieles. El discernimiento es un ejercicio en el que el clero y los laicos tienen roles complementarios. Aquellos dotados del carisma del discernimiento de espíritus sirven a la Iglesia en comunión con los pastores que tienen la responsabilidad última de discernir los carismas en la Iglesia. Los católicos también celebran la renovación de la experiencia de los carismas en las últimas décadas a través de la Renovación Carismática católica, que incluye la práctica regular del carisma del discernimiento de espíritus.

89. Tanto los católicos como los pentecostales reconocen que cuanto más cerca uno está de Dios, más puede uno discernir su voluntad y comprender lo que es verdadero; cuanto más «*uno camina en el Espíritu*» (Gal 5, 25), más fácilmente puede reconocer su movimiento y su obra. A lo largo de la historia, Dios ha bendecido a la Iglesia con hombres y mujeres santos que tienen un cierto sentido intuitivo de lo que es de Dios. Las ocasiones efectivas del discernimiento de espíritus a menudo surgen de la estrecha relación que se mantiene con el Señor que distribuye estos carismas.

90. Con la atención renovada a las manifestaciones carismáticas en toda la Iglesia, también ha venido el reconocimiento de la necesidad de discernir las manifestaciones genuinas de aquellas que se disfrazan de genuinas. En todo el mundo, tanto los católicos como los pentecostales continúan

enfrentando desafíos con respecto al ejercicio apropiado de los carismas, particularmente el discernimiento de espíritus. Los pentecostales y los católicos a menudo necesitan instrucción para distinguir las palabras reales del Señor de sus propios deseos pios. Por lo tanto, la Iglesia debe continuar probando los carismas, para discernir si son de Dios.

IV. CONTROL PASTORAL DEL EJERCICIO DE LOS CARISMAS

91. Católicos y pentecostales acogen y celebran la gran variedad de carismas en ambas tradiciones, un signo de vitalidad en la Iglesia. Católicos y pentecostales reconocen que están llamados a ser buenos administradores de estos dones: «*Como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios, poned al servicio de los demás el carisma que cada uno ha recibido*» (1 Pe 4,10).

92. Como fue el caso en la relación de San Pablo con la Iglesia primitiva, el ejercicio de los carismas también puede convertirse en un factor de tensiones y divisiones entre los cristianos de hoy. Para tratar eficazmente los desafíos pastorales que surgen en el uso de carismas, las comunidades cristianas y sus líderes deben ejercer supervisión, esperar responsabilidad (1 Cor 14, 26-33; 1 Tes 5, 19-22) y «*mantener la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz*» (Ef 4, 3). La supervisión pastoral incluye acoger y fomentar carismas, discernirlos, coordinar su ejercicio armonioso entre los creyentes y guiarlos para servir mejor a la misión de la Iglesia.

93. Dios siempre «*prueba nuestros corazones*» (1 Tes 2, 4); en última instancia, es él quien juzga, y todos los discernimientos humanos se le someten. Pero al mismo tiempo, nos ayuda a probar, discernir y actuar en consecuencia.

94. Dado que los carismas se distribuyen a todos los creyentes, toda la comunidad tiene la responsabilidad de verificar la acción del Espíritu. El discernimiento es un proceso esencial y continuo en la vida cristiana, tanto a nivel personal como eclesial. Católicos y pentecostales presentan sus demandas de discernimiento a la autoridad suprema de la Palabra de Dios (que para los católicos también incluye la

Tradición), guiados por el Espíritu Santo y la enseñanza de la Iglesia. En el proceso de discernimiento, las comunidades cristianas observan la *regula fidei* (regla de fe) y el liderazgo pastoral, y son conscientes de que la razón y la experiencia también juegan un papel. Se entiende que nuestras diversas comunidades tienen perspectivas diferentes y complementarias en su comprensión y praxis con respecto a estos niveles de autoridad.

95. Católicos y pentecostales tienen estos criterios comunes para ejercer el discernimiento:

- La manifestación de un carisma debe estar en línea con las Escrituras y reflejar una fe arraigada en la mente de Cristo (véase 1 Cor 2, 16);
- Debe ajustarse a la enseñanza de la Iglesia y al *sensus fidelium* (sentido de la fe de los fieles);
- Debe construir la Iglesia, promoviendo la unidad y la caridad;
- El individuo que ejerce el carisma debe ser una persona madura espiritual y moralmente;
- El individuo que ejerce el carisma debe responder al liderazgo pastoral.

96. El discernimiento puede considerarse sabiduría espiritual y práctica aprendida en la dinámica de la vida cristiana guiada por el Espíritu Santo; no se puede reducir simplemente a un conjunto de reglas o un método de evaluación. Hay un medio de discernimiento que trasciende lo racional, una sensibilidad espiritual que tiene una dimensión intuitiva.

97. Los católicos enfatizan que la dimensión eclesial es esencial para el discernimiento. Todo el Pueblo de Dios está llamado a discernir el movimiento del Espíritu. Y, sin embargo, ningún carisma está exento de ser sometido a los pastores de la Iglesia. Mientras operan dentro de esta estructura, al mismo tiempo los católicos aceptan la invitación de los pentecostales a estar más abiertos a las formas sorprendentes del Espíritu y a sus manifestaciones.

98. Los pentecostales enfatizan la responsabilidad de cada creyente individual de esperar, ejercitar y discernir los carismas. El discernimiento de los carismas debe hacerse en

comunidad y no de forma aislada, en aras de la responsabilidad. La diversidad en las estructuras eclesiales pentecostales y el alto grado de autonomía entre las Iglesias pentecostales independientes desafían su capacidad para garantizar una rendición de cuentas adecuada. Los pentecostales están creciendo en su reconocimiento del valor de la comunidad eclesial y de trabajar juntos con el liderazgo, y en esto encuentran un terreno común y un ejemplo positivo entre los católicos.

Con sus puntos de partida distintivos, católicos y pentecostales aceptan la oportunidad de aprender de las tradiciones de los demás e integrar en sus respectivos enfoques lo que han aprendido.

99. Católicos y pentecostales están de acuerdo en que existe una gran necesidad de proporcionar educación teológica y formación en todos los niveles, tanto para los fieles como para sus líderes. Esta debería incluir instrucciones sobre la teología de los carismas y cómo se ejercen de manera adecuada. Dicha educación y formación ayudarán a garantizar la madurez de la salud y el crecimiento de las comunidades cristianas.

100. La comprensión y el ejercicio de los carismas y su supervisión requieren una profunda relación personal con Dios. Los carismas florecen especialmente en el contexto en el que se fomenta el crecimiento espiritual continuo tanto en los individuos como en la comunidad en general. Con respecto a los carismas en la vida cristiana en general, la virtud de la humildad y una actitud de aprendizaje son esenciales.

101. El ejercicio de cualquier carisma, pero especialmente aquellos carismas que pueden llamar la atención de un individuo, está potencialmente abierto a la manipulación y el mal uso. El cultivo de la propia vida espiritual permite a los cristianos estar más preparados para recibir y ejercitar carismas con integridad. Los misterios de Dios son inagotables, y continúa invitándonos a admirar su gracia y abrirnos a sus dones divinos: «*¡Qué abismo de riqueza, de sabiduría y de conocimiento el de Dios! ¡Qué insondables sus decisiones y qué irrastreables sus caminos!*» (Rom 11, 33).

102. La supervisión pastoral de los carismas se beneficia al utilizar principios sólidos de las ciencias humanas, que

pueden ser útiles en asuntos relacionados con el ejercicio y el discernimiento de los carismas, y también en el contexto más amplio del liderazgo pastoral.

103. En esta cultura posmoderna, con su énfasis en el individualismo, el materialismo y el secularismo, católicos y pentecostales reconocen desafíos significativos al invitar a los fieles a confiar en Dios y en los carismas del Espíritu. Sin embargo, es dentro de esta misma cultura donde son testigos de tanta gente, especialmente los jóvenes, que mira a lo sagrado y lo que trasciende este mundo a fin de descubrir un significado más profundo y un propósito para sus vidas. Por lo tanto, los participantes en este Diálogo abrazan este momento de la historia como una oportunidad para encontrar formas nuevas y creativas de inspirar a otros a una receptividad y confianza en los carismas del Espíritu Santo.

104. Los participantes en este Diálogo aceptan el desafío ecuménico representado por su valoración compartida de los carismas. A medida que profundizan en su conciencia del trabajo del Espíritu dentro de sus respectivas comunidades, están de acuerdo en buscar maneras de presentar en una unidad mayor la belleza de la vida en el Espíritu, enriquecida por carismas, a todos sus hermanos y hermanas en las comunidades de fe en el mundo entero. Los carismas están destinados a ser instrumentos de unidad en el único cuerpo de Cristo, y todo conocimiento sobre ellos debería producir una mayor unidad. Como San Pablo advirtió, en todas las expresiones de carismas, el modo más excelente es el amor (1 Cor 12, 31).

V. SUMARIO Y CONCLUSIONES

105. Tanto los católicos como los pentecostales reconocen que los carismas que el Espíritu Santo otorga al Pueblo de Dios están destinados a ser utilizados por todos los cristianos y no están limitados solo a aquellos que participan en movimientos de «renovación». Orar, esperar y confiar en el ejercicio responsable de los carismas tiene como resultado la edificación de la Iglesia y un ministerio efectivo para el mundo. Por lo tanto, se invita a los católicos y pentecostales a redescubrir el papel de los carismas y a reactivar el uso de estos

dones en sus respectivas comunidades. Los participantes en este Diálogo desean alentar a todos los demás cristianos a hacer lo mismo.

106. El ejercicio de los carismas, cuando va acompañado de la santidad de la vida, glorifica a Dios y potencia la difusión del Evangelio hasta los confines de la tierra (véase Hechos 1, 8). El Papa Francisco ha dicho que la Renovación es «una corriente de gracia, un sopro renovador del Espíritu para todos los miembros de la Iglesia Ustedes, carismáticos, tienen una gracia especial para orar y trabajar por la unidad de los cristianos, para que la corriente de la gracia pueda pasar por todas las Iglesias cristianas» (Discurso al Movimiento Renovación en el Espíritu Santo, 3 de julio de 2015).

107. Aquellos que ejercen diversos carismas deben evitar la tentación de usarlos simplemente como instrumentos para el beneficio personal. Los católicos y los pentecostales también se resisten a cualquier ejercicio que parezca poner las palabras proféticas por encima de la Palabra de Dios. El discernimiento apropiado ayuda a evitar los problemas pastorales y tiene como resultado una mejor apreciación del significado espiritual de los carismas. En una línea similar, Jack Hayford, un alto líder dentro del movimiento Pentecostal global, ha señalado que:

«Nuestra bienvenida a los dones espirituales nunca violará la Palabra. Le pedimos al Espíritu Santo que esté presente aquí y distribuya dones entre nosotros de acuerdo con su voluntad. Todos los dones están presentes en la Iglesia, y se insta a cada creyente a ser libre y responsable de administrar los dones con sensibilidad. Somos codiciosos en cuanto a su manifestación, pero no crédulos en cuanto a su demostración. La gentileza en el ministerio, la sumisión en espíritu y el orden en la operación de los dones es bíblica y, por lo tanto, se insiste en ...»⁵.

108. Durante el tiempo que pasaron juntos en el Diálogo, los participantes sintieron la presencia del Espíritu Santo en sus oraciones, en su discusión y en su estar juntos. Intentaron percibir juntos las inspiraciones proféticas del Espíritu

5 Jack Hayford, *Glory on Your House* (Tarrytown, NY: Chosen Books, 1991), 208.

pronunciadas a través de cada uno de ellos. Escucharon juntos los susurros y el gemido sin palabras del Espíritu (1 Re 19, 12; Rm 8, 26), y sintieron que soplaban su viento entre ellos. El diálogo fue en sí mismo una especie de experiencia «carismática», llena de dones del Espíritu Santo.

109. Lo que ha quedado claro en este estudio conjunto es que existe una unidad significativa en la manera en que los pentecostales y los católicos entienden estos dones y buscan asegurar su ejercicio adecuado. Dado el hecho de que es el Espíritu Santo el que otorga estos carismas al único cuerpo de Cristo (1 Cor 12, 27; Rm 12, 4-8; Ef 4, 4-16), no debería sorprendernos que tal unidad en torno a estos carismas exista. Pero también hay diferencias en la forma en que los católicos y los pentecostales entienden estos dones, su ejercicio, discernimiento y supervisión.

110. De estos cinco años de reflexiones, parece claro que si la unidad en el Cuerpo de Cristo es una obra del Espíritu Santo (véase 1 Cor 12, 13), los carismas, como sus dones gratuitos, deben ser herramientas divinas que contribuyen a la restauración de esa unidad, que es la voluntad de Cristo (Jn 17, 21).

111. Mientras tanto, católicos y pentecostales están invitados a ejercer sus propios carismas individuales con una conciencia renovada de su papel en la construcción de la Iglesia y la promoción de la unidad de los cristianos. Católicos y pentecostales también están convencidos de que, como Novaciano, un cristiano del siglo III, declaró mientras reflexionaba sobre la verdadera fe de la Iglesia,

«Fue el Espíritu Santo quien confirmó los corazones y las mentes de los discípulos, quien reveló los misterios del Evangelio, quien derramó sobre ellos la luz de las cosas divinas. Fortalecidos por su don, no temieron ni a las prisiones ni a las cadenas por el nombre del Señor; de hecho, incluso pisotearon los poderes y tormentos del mundo, armados y fortalecidos por él, teniendo en sí mismos los dones que este mismo Espíritu otorga y dirige como joyas a la Iglesia, la Novia de Cristo. De hecho, es él quien levanta profetas en la Iglesia, instruye a maestros, guía las lenguas, hace maravillas y sanaciones, realiza milagros, otorga discernimiento de espíritus, asigna gobierno, inspira consejos, distribuye y armoniza todos los demás dones carismáticos. De esta manera él completa y perfecciona la Iglesia del Señor en

todas partes y en todas las cosas» (Novaciano, *De Trinitate*, 29. 9-10 ICCL 4, 70), citado por el Papa Juan Pablo II en la Carta Encíclica *El esplendor de la Verdad, Veritatis Splendor*, 108).

112. Cómo se compartirán y difundirán los resultados de este Diálogo se hará evidente a medida que los lectores elijan aplicarlos a sus propias situaciones. Los participantes en esta fase del Diálogo invitan a los lectores a considerar el empleo de este informe de maneras diferentes y creativas. Pueden incluir una o más de las siguientes posibilidades:

- Podría usarse como un texto común para una mayor discusión entre los pentecostales clásicos y los católicos a nivel local o nacional.
- Podría usarse en estudios de ecumenismo, ya que es el primer documento bilateral en el que se han examinado los carismas en profundidad.
- Los profesores pueden asignar este informe en cursos que contemplen la variedad de diálogos bilaterales en los que participa la Iglesia católica, en cursos relacionados con el Pentecostalismo o la Renovación carismática, o en cursos sobre espiritualidad.
- Los estudiantes que se preparen para el ministerio obtendrían un gran beneficio al leer este informe cuidadosamente mientras exploran las posibilidades de desarrollar una mayor comprensión, aprecio y cooperación ecuménica entre católicos y pentecostales en el futuro.
- Pastores, clérigos y otros en el ministerio pastoral pueden encontrar útil este informe para ilustrar sermones o para consejos prácticos sobre cómo proporcionar enseñanza y liderazgo cuando estos dones están presentes.
- Los maestros de las escuelas bíblicas y dominicales en congregaciones locales o parroquias pueden encontrar útil este informe para explicar las posiciones de sus propias Iglesias, así como las posiciones de sus compañeros católicos o pentecostales, leyéndolo junto con los textos bíblicos que hablan directamente de los carismas (por ejemplo, 1 Cor 12-14; Rm 12, 3-8; Ef 4, 7-16; y 1 Pedro 4, 10-11).

113. Los participantes en este diálogo han descubierto que comparten muchos puntos en común con respecto a los carismas, aunque también reconocen que se debe hacer mucho más si católicos y pentecostales deben cosechar lo que el Espíritu Santo está sembrando en sus respectivas comunidades. Como ha observado el Papa Francisco, «si realmente creemos en el trabajo abundante y libre del Espíritu Santo, ¡podemos aprender mucho el uno del otro! No se trata solo de estar mejor informados acerca de los demás, sino más bien de cosechar lo que el Espíritu ha sembrado en ellos, que también debe ser un regalo para nosotros» (*La alegría del Evangelio* 246).

114. Los participantes en este diálogo ofrecen este informe con la esperanza de que desafíe a todos los lectores a una fidelidad más profunda al Evangelio, una apertura ilimitada al Espíritu Santo de Dios y un mejor aprecio por todos los seguidores del Señor Jesucristo. Los participantes en esta ronda del «Diálogo internacional Católico-Pentecostal» están convencidos de que informes como este pueden usarse como herramientas efectivas para acercar a católicos y pentecostales entre sí. A medida que se acercan más a Cristo y confían en el Espíritu Santo para recibir orientación continua, su esperanza y su oración es que los demás se unan a ellos en la búsqueda de la llamada del Señor a la unidad (véase Efesios 4, 3). La participación en este viaje en curso sería un don sustancial para promover la unidad de los cristianos.

APÉNDICE 1: PARTICIPANTES

Participantes católicos

Rvdm. Michael F. Burbidge, Obispo de Raleigh, NC, USA. Co-presidente (2011-2015) *S*

Rvdo. Ján Ďačok, Pontificia Universidad Gregoriana, Eslovaquia/Roma (2012) *P*

†Dr. Ralph Del Colle, Marquette University, Milwaukee, WI, USA (2011)

Dra. Mary Healy, Sacred Heart Seminary, Detroit, USA / International Catholic Charismatic Renewal Services (ICCRS) (2013-2015) *P*

Rvdo. Peter Hocken, Viena, Austria, (2014) *P (en ausencia)*

Rvdo. Lawrence Iwuamadi, Ecumenical Institute Bossey, Nigeria/Switzerland (2013-2015)

Sra. Maria Ko, FMA, Holy Spirit Seminary/Facoltà Auxilium, Hong Kong, China/Roma (2011-2015)

Rvdo. Marcial Maçaneiro, SCJ, Universidad Pontificia Católica de Paraná, Curitiba, Brasil (2011-2015)

Dra. Teresa Francesca Rossi, Centro Pro Unione/Universidad Pontificia de Santo Tomás de Aquino, Roma (2011-2015) *P*

Mgr. Juan Usma Gómez, Pontificio Consejo para la Unidad de los Cristianos, Vaticano/Colombia, Co-Secretario, (2011-2015) *S*

Participantes Pentecostales

Rvdo. Cecil M. Robeck, Jr. (Co-Presidente 2011, 2013-2015) (Assemblies of God, USA) *S, P*

Rvdo. David Cole (Acting Co-Chair 2012) (Co-Secretario 2011-2015) (Open Bible Churches, USA, Pentecostal/Charismatic Churches of North America) *S*

Rvdo. Jelle Creemers (Evangelische Theologische Faculteit, Leuven, Bélgica) (2013) *O*

Rvdo. Nino González (Assemblies of God, USA) (2011)

Rvdo. Veli-Matti Kärkkäinen (Iglesia Pentecostal de Finlandia, Finlandia) (2012) *P*

Rvdo. S. David Moore (International Church of the Foursquare Gospel, USA) (2011-2015)

Sra. Karen Jorgerson-Murphy (Assemblies of God, USA) (2011)
O

Rvdo. Opoku Onyinah (Church of Pentecost, Gana) (2011-2014)
P

Dr. Daniel Ramírez (United Methodist Church, USA) (2011) O
Rvdo. Joseph Suico (Assemblies of God, Filipinas) (2011)
Rev. Paul Van Der Laan (Verenigde Pinkster Evangeliege-
meenten, Países Bajos) (2011)
Rvdo. Keith Warrington (Elim Church, Inglaterra) (2011) P
**(S: Comité Directivo; P: Documento; O: Observador)*

APÉNDICE 2: DOCUMENTOS

2011 Roma

Rvdo. Keith Warrington, «The Charisms in the Church Their
Spiritual Significance, Discernment and Pastoral Impli-
cations»
Dra. Teresa Francesca Rossi, «Charisms in the Church: Our
Common Ground. A Catholic Perspective»

2012 Helsinki

Rvdo. Veli-Matti Kärkkäinen, «Pentecostal Practice and Theo-
logy of Discernment: An Interim Report»
Rvdo. Fr. Ján Ďačok, SJ, «Discernment: A Catholic Perspecti-
ve»

2013 Baltimore, MD, USA

Rvdo. Opoku Onyinah, «Healing: A Pentecostal Perspective»
Dra. Mary Healy, «A Catholic Perspective on Healing»

2014 Sierra Madre, CA, USA

Rvdo. Cecil M. Robeck, Jr., «A Pentecostal Perspective on Pro-
phetic Gifts»
Mgr. Peter Hocken, «Prophecy»

APÉNDICE 3: INFORMES PREVIOS

Relación final 1972-1976, en: Pontifical Council for Promoting Christian Unity, *Information Service [IS]* 32 (1976/III) 32-37 and in: *One in Christ* 12:4 (1976) 309-318.

Relación final 1977-1982, en: *IS* 55 (1984/ II-III) 72-80 y en: *Pneuma* 12:2 (1990) 97-115;

Perspectives on Koinonia, en: *IS* 75 (1990/IV) 179-191 y en: *Pneuma* 12:2 (1990) 117-142

Evangelization, Proselytism and Common Witness, en: *IS* 97 (1998/I-II) 38-56 y en: *Pneuma* 21:1 (1999) 11-51. Las cuatro primeras relaciones están reunidas en: Jeffrey Gros, FSC, Harding Meyer, and William G. Rusch, eds., *Growth in Agreement II: Reports and Agreed Statements on a World Level, 1982-1998* (Geneva, Switzerland: WCC Publications / Grand Rapids, MI: William B. Eerdmans Publishing Company, 2000), 713-779.

On Becoming A Christian: Insights from Scripture and the Patristic Writings with Some Contemporary Reflections, The Report from the Fifth Phase of the International Dialogue between Some Classical Pentecostal Churches and Leaders and the Catholic Church (1998-2006), en: *IS* 129 (2008/III), 162-215. Las cinco primeras relaciones han sido publicadas en Wolfgang Vondey, ed., *Pentecostalism and Christian Unity* (Eugene, OR: Pickwick Publications, 2010, 2013) I: 101-198; II: 95-216.

Páginas web

http://www.vatican.va/roman_curia/pontifical_councils/chrs-tuni/sub-index/index_pentecostals_it.htm

<http://pctii.org/cyberj/cyberj4/rcpent97.html>

http://pctii.org/cyberj/cyberj18/2007RC_Pent_Dialogue.pdf